

Nicomedes Guzmán

La Viruta ⁽¹⁾



BAJO, de una estatura que traicionaban apenas unos cuantos edificios de dos pisos, arrugado, polvoriento, el barrio era como un perro viejo abandonado por el amo. Si las lluvias y las nieves de aquellos años tuvieron para él azotes de inclemencia, el buen sol supo resarcirlo en su desamparo con las profundas caricias de sus manos afectuosamente calientes. Y hasta buscó a la llegada de los crepúsculos, en los ojos turnios y legañosos de las ventanas, el reflejo de sus largas barbas antes de despedirse del mundo y de los hombres.

Era la vida. Era su rudeza. Y eran sus compensaciones.

Y nosotros, los chiquillos de aquella época, éramos el tiempo en eterno juego, burlando esa vida que, de miserable, se hacía heroica.

Allá, la calle San Pablo. Acá, el depósito de tranvías y los grandes talleres de la Compañía Eléctrica. Y entremedio, nuestro dolor inconsciente, nuestros aros de fierro que conducíamos con un garfio de duro alambre, nuestros carretones de torcidas ruedas en que hacíamos los Ben Hur, nuestros ficticios arrestos de Jorquera, Castillo o Plaza; nuestros trompos desastillados o nuestros revólveres y caballos de palo con que nos disputábamos el derecho a ser un Eddie Polo. Acaso las calzadas y las

(1) Primer capítulo de la novela «LA SANGRE Y LA ESPERANZA».

aceras, con sus altos y bajos, con sus piedras sueltas o sus pozas se opusieran al libre curso de aquella nuestra vida de anima'lillos libres. Pero, no importaba. Éramos niños. Y no había obstáculos para nosotros, pues, los que hubiera, los salvábamos a costa de empeños que, al cabo, nos resultaban una sucesión de esfuerzos. Hoy pienso en lo que hubiera valido la vida para muchos de nosotros sí, de mayores, hubiéramos confiado a los brazos del esfuerzo la realización de nuestras aspiraciones. La existencia nos zamarrocó a todos. Cual más, cual menos. Pero, si en la infancia salimos triunfantes, el juego de los años maduros se pudrió en la apatía y en el desaliento. ¿Falta de fe? Yo meditaré algún día sobre esto. Mas para ello es necesaria primero, una ablución en el tibio recuerdo, en la clara añoranza y en la iluminosa realidad de aquellos años, en lo que, si cabían miserias, rudezas y dolores, casi no los sentíamos, porque ahí estaban los mayores para sufrir y luchar por nosotros.

Era el tiempo, el recio tiempo del despertar de nuestros padres, del despertar de nuestros hermanos. Rodaban en ensordecedor bullicio los vigorosos días del año veinte. O del veintiuno. O del veintidós. ¡Pero, qué sabíamos nosotros de esto! Allí en los trompos desastillados, en vertiginoso baile, la vida era para nosotros un arco iris al cual pudieran faltarle uno, dos o todos los colores, detalle éste que tampoco considerábamos, porque ¡maldito lo que sabíamos de colores! A no ser que se tratara de volantines, en los que sólo apreciábamos tres: el azul, el blanco y el rojo, ¡siempre que el primero llevara una estrella pegada a su fondo!

* * *

Los años han borrado en mi cerebro los rasgos de casi todos los pequeños camaradas de aquella época. Y si algunos prevalecen, entre ellos se destacan la fisonomía enérgica de Zorobabel y la de su hermana Angélica, avivada por unos dulces y apaci-

bles ojos. Demasiado crecido para sus diez años y demasiado pequeño para la responsabilidad de hombre que ya tenía. Zorobabel era el compañero indispensable de nuestras correrías. Y cuando, por las tardes el trabajo le daba la oportunidad para incorporarse de nuevo al país de la infancia, los palomillas lo acogíamos como él se lo merecía. Sus pantalones largos y las ampollas y callos que honraban sus manos, eran credenciales suficientes para que lo respetáramos como jefe. Pero, si el muchacho era necesario a nuestra pandilla, su hermana, la triste Angélica, era necesaria ya al mundo de mis sueños y ¡qué de cosas no imaginé para el futuro frente a sus ojos, a sus lágrimas y a su ternura!

Hoy no preciso de imaginación, Me basta evocar. Y he aquí que la vida me devuelve la realidad pasada.

Recién, por entonces, se había instalado en el depósito de tranvías la potente sirena que, si no me equivoco, hoy todavía existe. A las cuatro y media de la madrugada lanzaba su primer alarido, destinado a anunciar que las actividades tranviarias comenzaban. En un principio, todo el barrio se despertaba a este grito. Luego, después de corto tiempo, el hábito se cuidó de guardar el sueño del vecindario en aquel momento. Pero, para aquellos que pertenecían al personal de la Compañía Eléctrica, no valía el hábito. Y arrojaban el sueño de los párpados, sino a la primera, a la segunda llamada de la sirena. Yo sentía, me acuerdo, crujir los catres de los vecinos (la mayoría era del personal) y el catre de mi mismo padre no se libraba de quejarse a esa hora, porque, como maquinista que era, valía para él alguna de las llamadas. Se levantaba rápidamente. Y yo, hundido en mi lecho, le oía chapotear, lavándose, y le oía también, en seguida, calentar el café puro en el anafe de espíritu. Las más de las madrugadas yo tomaba en ese rato mi primer desayuno, porque mi padre, cuando me encontraba despierto, nunca dejaba de participarme un poco del caliente líquido y un trozo de pan candéal. Después sentía su ternura de padre sobre mi rostro, estamparse

en un leve beso y en el ligero daño que me hacían sus bigotes. La visera de su gorra rozaba mi frente. Y, después de cerrar la puerta con cuidado, sus pasos se perdían por la galería crujiente. Las voces se encontraban en la calle. Y había tonadas y silbidos. El ensordecedor traqueteo de los tranvías que salían no cesaba. Era la vida.

* * *

Fué en una de esas madrugadas.

La sirena llamó como de costumbre, una, dos veces. Sin embargo, los «carros» no se oían salir. En cambio, un rumorío de enorme colmena, que se rompía de cuando en cuando en gritos e imprecaciones, se agolpaba en la calle. Yo, sujetándome los calzoncillos, salí a la ventana. Vivíamos en una de las pocas casas de dos pisos. Y desde arriba, me era posible presenciar bien el espectáculo. El personal se reunía abajo, llenando un buen trecho de la calle Mapocho. Y una fila de hombres se oponían en los portones del depósito a la entrada de los que se obstinaban en trabajar. Era la huelga. Empezaba a lloviznar. Los eucaliptos que se alzaban frente al depósito—tras los cierros de zinc y las barreras de hierro que resguardan el canal que por allí pasa—se inquietaban, haciendo bailar sus alargadas hojas, bajo una brisa que quería ser viento.

—¡Viva la Federación Obrera!...

—¡Viva!...

—¡Vivan los tranviarios federados!...

—¡Vivan!...

Los gritos y los vivas menudeaban. Y un entusiasmo loco iba cogiendo el ánimo de los tranviarios. Las cobradoras, con sus blancos delantales, se confundían entre la muchedumbre masculina, gesticulando con calor. Aquello cobraba alma. Y este alma dominaba sobre esa humanidad, flameando como una bandera.

Un maquinista se trepó a uno de los portones. Y desde allí

comenzó a perorar, con voz ronca y decidida. Cuando bajó le sucedió otro compañero. Después habló una mujer.

La luz del día comenzaba a alumbrar. Yo tiritaba de frío. La llovizna no cesaba. Mi madre y mi hermana mayor se habían levantado también, y estaban a mi lado, tiritando igual que yo. No de frío, sino de miedo. ¿Temor a qué? ¡Qué iba a saberlo yo! Pero, era miedo el que las inquietaba, no me cabía duda. Pronto esto quedó en claro:

—Y tu padre, ¿dónde estará? No lo divisó por ningún lado... —me dijo.

—¿Por qué no bajamos, mamá?... —agregó mi hermana—. ¡Hay que encontrar a mi papá!... ¡Tenemos que encontrarlo!... ¡Es tan «metido» en estas cosas!... ¡Quizás qué le pueda suceder!...

—¡Sí, hay que ubicarlo!... —recalcaba mi madre, nerviosamente, golpeando el suelo con un pie—. ¡Hay que ubicarlo!... ¡Lo haremos subir!...

Pero, no hubo necesidad de hacer trabajar más la vista. Sucediendo a la mujer—que habló sin subirse al portón—, mi padre, mi buen y cariñoso padre trepó hasta arriba como un gato, y de pie sobre uno de los pilares, comenzó, serenamente, a hablar a la gente reunida. Había un formidable calor en sus palabras, que yo no comprendía. Y no sé por qué me imaginaba que sus brazos gesticulantes eran unas ramas de árboles llenas de frutos. Estaba entusiasmadísimo.

—¡Papá, papá!—le gritaba, asomando la cabeza por un vidrio roto. ¡Papá, papá!...

Mis ocho años se desencadenaban en gritos. La alegría no cabía en mí.

—¡Cállate, cállate, hijo!... ¡Señor, Señor, este hombre, líbralo, Señor!...

Mi madre se mordía y se retorció las manos. Mi hermana, pálida, temblorosa, había cogido de la perilla de uno de los ca-

tres un rosario, y se pascaba por la pieza, pronunciando no sé qué palabras.

La enorme muchedumbre vestida de gris, aplaudía frenética. De pronto, todo se acalló. Persistió apenas un rumor de abejas en huída. Por Mapocho avanzaba, al rápido galope de las cabalgaduras, uno o dos piquetes de lanceros.

Sentí a mi padre pronunciar unas últimas y viriles palabras, y gritar:

—¡Viva la Federación Obrera!...

Y lo vi lanzarse desde arriba con una agilidad asombrosa. Abajo, unos cuantos brazos suavizaron su caída.

—¡Este hombre, Señor, este hombre!...

Mi madre, abandonando sus temores, o tal vez impulsada por los temores mismos, salió puerta afuera. Un tropel de hombres y mujeres uniformados subía a tropezones la escala. Otros corrían ya por la galería, buscando refugio. Los que subían, no dejaron bajar a mi madre, que se devolvió a la pieza, con las lágrimas en los ojos, mordiéndose y hablando incoherencias.

De nuevo en mi puesto, contemplaba yo la huída de los hombres en la calle. Muchos se defendían. Se oían disparos. Mi hermana, pálida, temblequeante, no cesaba de rezar. Corriendo por García Reyes, varios maquinistas, entre ellos mi padre, gritaban:

—¡Al Consejo, compañeros, al Consejo!...

Algunos trataban de reprimir la avalancha de lanceros. Mas, la actitud se perdía en inútil heroísmo, porque caían al instante bajo las patas de los caballos. Fué en aquel momento cuando ví al padre de Zorobabel, saltar y colgarse del cuerpo de uno de los lanceros derribándolo de la cabalgadura. En el suelo, la lucha no duró ni un segundo. Una lanza lo liquidó al primer puntazo. Y allí quedó su cuerpo, palpitante aún, junto al del lancero caído, aplastado bajo las patas de las bestias.

Más tarde, desde la ventana misma de mi cuarto, entre mi madre y mi hermana, nerviosas y lloriqueantes todavía, me en-

ternecí viendo a mi amigo Zorobabel, llorar junto al cadáver de su padre, poco antes de que el carro de La Morgue viniera en busca de los cinco o seis caídos.

El depósito estaba resguardado por doble fila de carabineros. Y muchos tranvías salían, dirigidos por rompehuelgas e inspectores, llevando en las plataformas dos o tres soldados bien armados. A mí me parecía que aquello era la celebración del dieciocho, por la profusión de banderas que se veía en las lanzas. Coceaban los caballos, amarrados a las barreras de fierro. Y el aireapestaba a guano fresco.

* * *

Aquella misma noche, le recuerdo, yo sostuve una pelea a puño limpio con Narciso, un muchachuelo crespo, de duros puños. Y para no mentir, diré que me castigó severamente. Yo, siempre que, de niño me tramé a golpes con alguien, no pocas veces vercí, con la fe puesta en mi padre, a quien atribuía todas las fuerzas del mundo. Pero, esta vez, salí malparado. No importaba. Lo que me llenaba de orgullo era el haberme sabido defender. Y esta era también la satisfacción de mis compinches. Tenía nada más que dos machucones en la cara. Las mejillas me ardían. Y aún la rabia hacía ronda en mi pecho. «El Sebote», aquel «punga» de todos conocido, se acercó a mí.

—¿Te pegaron, «cabro»?... ¡No seái lesó!... ¡Toma, toma, cabro, pégale un tajo, pégale un tajo!...

Era medio tartamudo. Me alargaba un filudo cortaplumas.

—¿Un tajo?...

—¡Sí, pos, cabro!... ¡Apriende a hombre!... ¡No te pegó, pos?...

Yo huí atemorizado. «¡Pegar un tajo!»!

Subía a tropezones la escala, cuando unos sollozos, cazados distintamente por mi oído, me detuvieron. Bajé de nuevo. Ahí, en un amplio espacio que había libre entre la escala y una de

las murallas—cobacha de vagabundos en las noches—, una chica lloraba, echada en el suelo.

—¡Angélica! ¿qué te pasa...?

—¡No sabes, no sabes!... ¡Mi papacito!...

Lo había olvidado como un estúpido. Y había olvidado, además, la gran preocupación de mi madre, preocupación que también debía ser mía: mi padre no había vuelto en todo el día.

Acaricé el rostro de Angélica, tratando de consolarla. Yo sentía sus lágrimas calientes mojar mis manos. Y una suave brisa de ternura se deslizó sobre mi corazón. Besé sus dedos. Y en la sombra sus ojos mojados brillaron como remotas estrellas.

Alguien se detuvo junto a nosotros.

—¿Qué hacen ahí, palomillas?...

Me levanté, sobresaltado.

Doña Josefa, la mujer del panadero, nos miraba con agria severidad, y su rostro seco, duro, golpeado por las luces del depósito, se me ocurrió, de pronto, el de una de las tantas brujas que poblaban mi mente.

—¡No contestan!... ¡Palomillas habían de ser!... ¡Ya le diré a tu madre lo que hacías!... —continuó, encarándose a mí, sentenciosamente.

Y subió apenas la escala, el pecho roncado y quejumbroso bajo las manos crueles del asma, tropezando en las latas sueltas del borde de los peldaños.

Angélica se puso de pie. Y sus ojos de asombro eran como los de una cervatilla temerosa.

—Enrique... Yo ví a mi papá—me dijo—. Zoro me llevó. No tenía ropa. Lo habían abierto. Y estaba lleno de sangre...

Y rompió de nuevo el llanto.

Yo hubiera besado una vez más sus manos. Pero pensé en las palabras de «La Panadera». (Así le decíamos los chiquillos a doña Josefa). ¿Qué de maldad habría en aquellos besos? Yo no supe. Sin embargo, cuando subí a nuestro cuarto en compañía

de Angélica, que no dejaba de llorar, salía de él la asmática, ahogándose en una tos de mil demonios.

Mi madre, dejando sus costuras, me llamó a un lado.

—¿Qué estabas haciendo con la Angela, Enrique?

Sus ojos eran duros como sus palabras. El reflejo de la vela bailaba en ellos, haciéndolos agujijoneantes.

—Nada, mamá, nada...

Mi voz vacilaba. No podía olvidar los besos.

—¿Cómo, Enrique, cómo nada!...

—Nada, mamá...

—No mientas...

—No, mamá...

Angélica, secándose las lágrimas, temblaba junto a la puerta.

Mi madre fué hacia ella.

—¿Qué te estaba haciendo Enrique, allá en la escala?

—Nada, nada... Este, este..., me besó, me besó...

—¿Te besó?...

—Sí, los dedos...

—¿Nada más?...

—No.

Angélica bajó los párpados humildemente. Las mechass rubias le brillaban en la frente.

La duda devoraba la paciencia de mi madre. Y la encolerizaba. Levantó el raído vestido de la chica. Los enterrados calzones estaban fijos a los botones. Antes de que bajara la falda, alcancé a ver los bordados deshilachados. No se comprendía la razón de tan curiosa actitud.

—¿Nada más te hizo Enrique?...

—No, no...

—¿Y por qué llorabas?...

—Por mi papacito... Me llevó a verlo Zoro... Tenía mucha sangre...

Y otra vez se puso a llorar.

Llegó Zorobabel en busca suya. Venía también lloroso. Su rostro estaba pálido, casi transparente. Se fué en seguida, llevando de la mano a la niña.

En cuanto se fueron, mi madre me mandó a la cama:

—Es hora que te acuestes...

Me extrañó mucho. Aún no habíamos comido.

Cuando ya estuve en la cama, desvestido, y me disponía a meterme bajo las ropas, ví a mi madre descolgar de la percha la correa y venir hacia mí. Fueron en vano mis gritos y clamores. Los azotes caían en mi cuerpo sin piedad. Fué la llegada de mi hermana, que recién salía de la fábrica, la que cortó el entusiasmo de la correa.

—¿Qué pasa, mamacita?... No lo castigue tan fuerte...

—Todo se junta, Señor!... ¡Parece que el demonio anda a la siga de una a veces...

Sollozando, y sobándome las ronchas, me quedé dormido.

Los chiquillos siempre le tuvimos inquina a «La Panadera». Pero, desde que, por ella, me llevé aquella tremenda azotaína, el odio afirmó sus raíces en mi pecho. Y lo confieso sin escrúpulos, nadie sabe qué enorme alegría experimenté el día en que el asma me vengó, arrastrándola a la muerte en un ahogo.

* * *

Mi padre regresó a la casa al atardecer del día siguiente. Venía ronco, cansado, ojeroso y, no obstante, feliz. La huelga había sido muy bien organizada, y a pesar del perjuicio que hacía al movimiento el personal que continuaba trabajando, los «federados» tenían fe en el triunfo.

Por la noche, mi padre nos llevó, a Zorobabel y a mí, a una velada que se realizaba en el Coliseo de los Tranviarios en memoria de los muertos en el encuentro de la madrugada del día anterior. El Consejo acordaría en una reunión que, al final, sostendría, una cuota de ayuda para la familia de los caídos.

El salón de espectáculos, construido a medias por entonces estaba atestado. Las roncas voces se andaban tropezando en el aire espeso de humo de cigarrillos. Toses. Gritos. Vivas. El telón que ocultaba el escenario, presentaba un abigarrado cuadro: una mujer dando un grande y moreno pecho a su hijo; a su lado, un hombre—el marido—, desnudo de medio cuerpo arriba, exhibía sus abultados músculos, alzando en su diestra un gran martillo; ante él, un yunque; más allá, la fragua encendida, y al fondo, amplios campos de trigo y alamedas que se perdían al pie de las altas y nevadas montañas, acentuado la sensación de vida que producía el motivo principal del cuadro. Las galerías temblaban, bajo el peso del gentío. De desplomarse, habrían cortado de golpe la vida de los cientos de hombres que dormían debajo, sobre el suelo pelado, tapados escasamente con raídas prendas. Estos hombres que roncaban tiritando, eran trabajadores venidos de la Pampa salitrera durante la cesantía de esos años, y tenían su albergue allí en el Coliseo, como lo tenían sus demás compañeros en otros diversos sitios.

Después de una serie de números, muy aplaudidos por la concurrencia, hablaron varios hombres. Uno se refirió casi exclusivamente a la vida del padre de Zorobabel. Esto aumentó la pena del muchacho. Y sus gruesas lágrimas, eran en sus mejillas como espejos rodantes captando las luces del ámbito.

Mi padre, al empezar la hora de los discursos, nos había dejado solos, pues tenía que integrar la mesa del Consejo.

—¿Y tu mamá, por qué no vino?...

Yo no sé por qué formulé esta pregunta a Zorobabel.

El me miró largamente con sus brillantes ojillos de gato.

—¡Ah, mi mamá, mi mamá!... —exclamó con honda amargura—. ¡Ella no tenía a qué venir aquí! ¡No quería a mi papá!... ¡Si no, no lo hubiera engañado como lo engañaba!...

—¿Tenía «otro»?...

—¡Sí, tenía otro, y yo lo sabía!... ¡Y nunca pude decírselo a mi papá!... ¡El la quería tanto!...

Y Zoro largó de nuevo a llorar. La gente que había cerca de nosotros no se preocupaba de su llanto. Su atención estaba concentrada en las vibrantes palabras de los oradores.

Una sensación extraña me estremecía. «¡Si mi madre llegara a tener «otro»!

—¿Por qué no le contaste a tu papá?...

—¡Nunca pude. Enrique, nunca pude!... ¡El la quería tanto!... ¡Era un viejo tan rebueno!... ¡No fui capaz nunca de contarle nada!...

* * *

Fué desde entonces que comenzó la dura vida para Zorobabel. Dura vida que él no sentía, porque—un día me lo confesó—se hizo el propósito de amarla como fuera, en memoria de su padre; ¡amar esa vida y sus sacrificios con el mismo corazón cordial que el viejo había tenido siempre abierto para ella! Yo veía brillar de felicidad sus ojos de gato, cuando alabábamos las ampollas y callos que daban honra a sus manos de pequeño hombre. Trabajaba de aprendiz en una fundición. Un peso veinte diario, por esos años, era un gran salario para un niño.

Fué quizá esta especie de misticismo por el trabajo el que lo distrajo o le dió poder de indiferencia frente al hecho de que, dos meses después de la muerte de su padre, la madre se uniera en vida común con su amante, un hombretón llamado por la gente «Cabeza de Topo», pero cuyo nombre de pila era Eustaquio. Grande, pesado, de enorme espaldas, tenía un rostro de idiota, rojos los ojos alcohólicos, mojados siempre los bigotes lacios. Yo no supe nunca en qué trabajaba. Pero, cuando mi madre me mandaba a la panadería solía divisarlo jugando a las cartas en un sórdido boliche de licores que había entre el conventillo del «Guatón San Juan», y una hedionda cocinería. La vida de Melania, la madre de Zorobabel, degeneró completamente. Antes, para ayudar al marido, trabajaba lavando. Ahora, no hacía na-

da. Y muchas tardes, y no pocas noches, se la vió o se la oyó subir borracha la escala, y atravesar la galería, abrazada de su hombre, también borracho, mal cantando viejas tonadas.

Angelica y su dulce tristeza eran como si trataran de zurrir la existencia rota de la familia, dando puntadas al tiempo, de la casa a la escuela, de la escuela a la casa.

* * *

Por lo menos dos veces por semana, los chiquillos teníamos que abandonar nuestros juegos vespertinos para ir a la barraca más próxima, en busca de aserrín, viruta y recortes y despuntes de madera. Los carretes en que hacíamos los Ben Hur, perdían entonces su espíritu de leyenda y se convertían en vulgares vehículos de carga—y acaso en estos momentos solamente cumplieran su verdadera función. Corriendo como pequeños endemoniados, se resordecían las calles con nuestros gritos y la quejumbre de los carretes, que se deslizaban sobre las picutas y las hendiduras, culebreando en los zig-zags de los locos ejes delanteros, de los cuales los arrastrábamos mediante una cadena o una cuerda. La perretería del barrión se mantenía al margen. Y rubricaba nuestro entusiasmo con ladridos estridentes en insensata carrera junto a nosotros.

Aquella tarde, nos acompañaron Zorobabel y su hermana. Llevábamos los sacos amarrados, en dobles, a la cintura. Así no nos molestaban.

No eran las seis aún. Y la barraca no cesaba sus faenas todavía. A su portón cerrado se agolpaba la gente: mujeres de sucias cabelleras, de abultados y fofos pechos, muchas con el vientre empinado, y chiquillos cochinos, despeinados, haraposos, poco más o menos como nosotros.

Mientras abrían, se armaron reyertas entre los chicos.

—Na de cuentos aquí... ¡Toca di'oreja, y combo al tiro! No seái cobarde, Antuco... ¡Echate no más!...

Alguien escupía en el suelo:

—El que lo planche, pega el «cucte» primero... ¡Ya, ya, na de miedo aquí... Si no, no son chilenos...

Ante la desgracia de perder la nacionalidad, uno tocó la oreja del otro y, para más decisión, borró el escupo adelantando un casposo y negro pie. Un derecho al rostro contrario, y ya estaba armada la feroz pelea.

—Echale, Beiza... Eso es, Beiza...

—Veinte «chilrros», a Vicentini... Voy veinte chilrros...

El chivateo no cesó hasta que uno de los contendores quedó coloreando de las narices.

Se concertó otra pelea entre dos pequeños de cuatro años, que parecían chanchitos dentro de sus tiras, bravos para el moquete y las obscenidades. Pero, intervinieron las madres. Y si los promotores de los matches no apuran las piernas en la huida, habrían salido malparados.

A las seis justas sonó el pito de la barraca. Y el portón fué abierto. La avalancha humana se desparramó bajo los galpones. Algunas máquinas no cesaban todavía de moverse. El ruido era ensordecedor. Un espeso, húmedo y alegre olor de vegetales oleaba en el aire, entre las miríadas de aserrín.

Los sacos se soltaron de la cintura. Y cada cual hurgaba en las rumbas de deshechos de madera, o hundía las manos en el aserrín y la viruta. Las mujeres se lamentaban de los chiquillos que les arrebatában de las manos los mejores trozos de leña.

—¡Chiquillos del diablo!...

Y tiraban manotones al aire, intentando alcanzarles la cabeza. Sonaba, a veces, un golpe seco. Y un chico quedaba sobándose el dolor.

Zorobabel y Angélica ayudábanme a llenar mi saco de viruta. La máquina aserradora no daba tregua a su actividad. Los perros olisqueaban, orinándose en todas partes. Un muchacho de quince años miraba obstinadamente los muslos de Angélica,

descubiertos debido a la posición en que se encontraba. De pronto, le largó un agarrón a las nalgas.

—¿Qué te pasa?... —me planté ante su cínica sonrisa. Me dió un empujón.

—¡No me pasa na!... —gritó, insolente.

—¡Ah, no te pasa na!... ¡Toma, entonces!...

Los diez años de Zorobabel se concentraron íntegros en su puño, cuando golpeó al otro. Sus ojos de gato ardían. Y antes que nadie pudiera intervenir, el grandote cogió a mi amigo por los hombros y lo lanzó contra la máquina en función. Yo vi a mi camarada—y esto será imposible que lo olvide nunca—salir volando, arrastrado no se cómo por la velocidad de la polea, y caer de cabeza sobre la sierra en vertiginoso movimiento. Fué un segundo de horror, epilogado por la realidad de un cuerpo palpitante, con la cabeza partida, rojo pingajo colgando de los hombros. El maquinista hizo accionar las palancas rápidamente, pero era demasiado tarde. Yo ví el rostro del hombre enrojecer y luego palidecer hasta ponerse lívido.

Antes de que estallaran nuestros gritos, el mujerío y la chiquillería ya estaba alrededor de nosotros, saltados los ojos de espanto, temblorosos los labios. Angélica me miraba con sus ojos de horrorizada cervatilla. Y la sangre de su pena y su dolor, rompió violentamente en enormes lágrimas. Algunas mujeres lloraban también, apretando los hijos a sus faldas. El patrón de la barraca no atinaba a nada. El muchacho causante de la desgracia, tiritaba, mordiéndose; sus manos no estaban quietas. Sufría enormemente en mi impotencia de hacerlo pagar su inconsciente crimen.

—¡Zorobabel!... ¡Zoro!... ¡Zoro!...

La sangre espesa del hermano era devorada por la viruta. Y era sangre también la que el deshecho de madera succionaba en las calientes lágrimas que derramaban los ojos de la pequeña.

—¡Zoro!... ¡Zoro!...

Yo la apreté contra mi pecho. Pero no había forma de consolarla.

Llegó la policía. Un cabo chiquitito, tomó nota del hecho con muchas dificultades, mojando el lápiz en la lengua. No sabía escribir casi. Detuvieron al hombre que manejaba la máquina y al chiquillo culpable, a pesar de las protestas y el llanto de la madre, que apareció de repente, de no sé donde.

Cuando salimos, fuimos muchos los que estuvimos a punto de abandonar nuestros sacos. Yo, sacando fuerzas de mi dolor, eché a mi vehículo el bulto de viruta, y salí arrastrándolo, lo mismo que los otros, arrastrando un peso de siglos. ¡Yo tenía mi dolor, y era mío, además, el dolor de Angélica, que caminaba a mi lado, como un espíritu en la orfandad!

* * *

Los días pasaban como carretas cargadas de pesadumbre, crujiendo sordamente por las calles del barrio.

Angélica se incorporó, desde la muerte de su hermano, a nuestra vida familiar. A veces, hasta dormía en mi casa. Su madre pasaba borracha con el hombre, y no se preocupaba de ella. Y claro que le era más grato a mi pequeña amiga dormir con mi hermana que hacerlo con la madre. Tenía aversión a su destruido hogar. Melania, en sus borracheras, la castigaba. Y además, el «Cabeza de Tope» infundía miedo. Yo mismo huía, cuando él avanzaba por la galería con su pesado andar de oso.

Pero, una noche, Melania golpeó a nuestra puerta..

Sin entrar, fué al grano al momento, y dijo a mi madre:

—¡No quiero que la Angela venga más para acá!... ¡Me la llevo al tiro!...

Estaba, casualmente, en su sano juicio. Angélica lloraba. Mi madre, para impedir que se la llevara, pudo haber argüido más de una buena razón. Pero no lo hizo, seguramente para evitar disgustos. Por lo demás, Melania estaba en su derecho.

Angélica, con la cabeza doblegada, sollozando, siguió a su madre sin despedirse. Mi madre y mi hermana se quedaron hundidas en no sé qué pensamientos. Era sábado. Y a planchaban las ropas que habíamos de ponernos al día siguiente. Yo sentía chirriar, a cortos intervalos, la plancha que manejaba mi madre. Era el quejido de las lágrimas que derramaban sus ojos, muriendo sobre el hierro caliente.

* * *

Aquella tarde, mi madre me había mandado a prepararle el «choncho» porque tenía que lavar. Cogí el tarro, abierto en un lado, y en la galería me dí el trabajo. Tería práctica. Y no me costaba. Apisonaba la viruta alrededor de un palo colocado en el centro del tarro, cuando frente a la pieza en que vivía Angélica comenzaron a agolparse las comadres.

Dejé el trabajo. Y corrí hacia allá. Me escurrí como pude entre las faldas de las mujeres agrupadas en la puerta, hasta colarme al cuarto. ¡Mejor hubiera sido que me hubiera abstenido en mi impulso! Sobre unos jergones tendidos en un rincón, con las polleritas recogidas, sin calzones, Angélica sangraba abundantemente de entre las piernas. Cerca de ella, el «Cabeza de Tope», crecida la barba, babcaba, roncando, tirado sobre las tablas, con los pantalones a medio abrochar. Una botella de vino yacía dada vuelta junto a una bacinica. Melania, por otro lado, roncaba su borrachera encima de unos sucios trapos, como el hombre roncaba la suya, en sueño los instintos salvajemente satisfechos.

Yo no recuerdo si fué mi madre quien me retiró de allí. El caso en que, cuando la camilla de la Asistencia Pública, conducida por dos hombres de blanco, pasó por la galería y bajó la escala, llevándose a Angélica, a quien no volví a ver nunca más, yo estaba de nuevo apisonando la viruta, casi incons-

cientemente, en la preparación del «choncho» que mi madre me había encargado.

En la cabeza me zumbaba todo un pueblo de enormes y bravas abejas. Y en el pecho, una garra de filudas uñas se me hundía encarnizadamente. Algo ardiente me corría por las mejillas, y en gruesas gotas se perdía en la viruta que mis pies apisonaban. Y la visión de aquella otra escena de sangre—la de la barraca—vivía en mi recuerdo como un aguafuerte de obsesivos trazos. ¡Sangre! ¡Lágrimas! ¡Viruta!

Corría el año veinte. O el veintiuno. O el veintidós. Y era la vida. Y era su rudeza. Y eran sus alternativas.